

Instrucciones para cambiar el pasado

José Gordon

*Podemos reactivar el pasado
con todas sus posibilidades.*

BRUNO SCHULTZ

I. En noviembre de 1910, Santiago Díaz fue fusilado sumariamente como conspirador contra el gobierno federal. Estaba ligado a rebeldes veracruzanos, liberales, sindicalistas y maderistas, como los hermanos Carmen y Aquiles Serdán, que el mismo mes fueron fusilados en Puebla.

Laura, la hermana de Santiago, le pidió a sus padres que depositaran el cuerpo en la tumba del mar. Ahí desapareció lentamente en una noche sin olas junto con todos los poemas que no llegó a escribir.

Estas escenas son narradas por Carlos Fuentes en la novela *Los años con Laura Díaz*. Escribe Fuentes:

Sin más descendencia que el mar, Santiago se fue perdiendo en el mar como en un espejo que no lo desfiguraba, sólo lo iba alejando, poco a poco, misteriosamente, del espejo del aire en el que inscribió sus horas en la tierra. Santiago se iba separando del horizonte del mar, de la promesa de la juventud. Suspendido en el mar, les pidió a los que lo quisieron déjenme desaparecer haciéndome mar.

Al final del libro, Fuentes revela algunas claves de la vida real detrás de su novela. En el caso de Santiago, el escritor mexicano se basó en la vida de su tío Carlos Fuentes Boettiger, un poeta primerizo, discípulo de Salvador Díaz Mirón y editor de la revista xalapense *Musa Bohemia*, que murió en la Ciudad de México de fiebre tifoidea a los veintiún años. En la novela, Fuentes le cambió el pasado, le dio a su tío la muerte que tal vez hubiera deseado te-

ner, en defensa de sus ideales, en el centro mismo de la gesta histórica que transformó a México.

II. En la novela *Véase: amor* (Tusquets, 1993), se aprecia también un golpe de deseo del escritor israelí David Grossman, que transforma el pasado de su personaje llamado Bruno Schultz. De hecho, en esa novela me enteré por primera vez de la existencia de Schultz, un escritor polaco que nació en 1892 y es considerado por Sergio Pitlor como uno de los autores más originales tanto desde el punto de vista estilístico como por el mundo que logró crear. Escribe Pitlor:

La realidad en el mundo de Schultz conoce amplias posibilidades de transformación de la materia. Todo elemento puede convertirse en su antagonista. Los hombres se transforman en aves, en cucarachas, en puñados de cenizas.

Bashevis Singer en una conversación con Philip Roth no considera que Schultz esté marcado por Kafka:

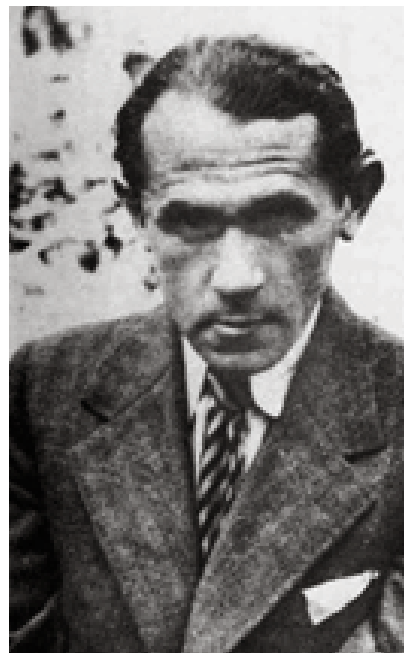
Siempre existe la posibilidad de que dos o tres personas escriban dentro de las mismas líneas de estilo, con el mismo espíritu, porque no todo el mundo es completamente único. Si Dios creó un Kafka, bien pudo crear otros dos o tres, si en un momento dado le pareció hacerlo.

Bashevis llegó a afirmar que, desde su punto de vista, Schultz era incluso mejor que Kafka, por la fuerza e intensidad de sus relatos. Sus textos, por cierto, no fueron muchos: dos pequeños libros *Las tiendas de canela*, 1933, (también conocido como *La calle de los cocodrilos*), *El sanatorio bajo la*

clepsidra, 1937, y una novela corta *El cometa*, 1938. Se sabe que escribía un libro titulado *El Mesías* que quedó incompleto y se perdió por siempre. El Mesías no pudo aparecer ni siquiera en las letras, dice con ironía David Grossman.

Schultz también fue un notable dibujante. Ilustraba sus propios textos. En sus autorretratos se puede apreciar lo que el escritor Witold Gombrowicz señalaba sobre Bruno: “Tendía al no ser con todo su ser”. Schultz era un hombre fronterizo con una imaginación deslumbrante. Su ideal, en sus propias palabras, era “madurar hacia la infancia”. Su lenguaje está en la búsqueda de una zona mítica. Escribe Schultz:

Hay cosas que no pueden suceder del todo. Son demasiado grandes para encontrar un lugar donde acontecer. Sólo intentan ocurrir.



Bruno Schultz

Prueban el terreno de la realidad para ver si las puede soportar. De repente retroceden, temerosas de perder su inmensa perfección en una materialización defectuosa. Y luego quedan en nuestras biografías las mismas manchas blancas, olorosas, las mismas huellas de plata perdidas de los pies de los ángeles descalzos, esparcidas en pasos gigantescos sobre nuestros días y nuestras noches.

Schultz se aferró a vivir en el pequeño poblado de Drohobycz en donde encuentra los elementos para rebelarse ante lo ordinario. Esto sucede en la tienda de telas de la familia, bajo la mirada de un padre extravagante, poco dotado en los negocios, pero pleno de dotes poéticas, que le enseña a ver a Bruno el filo de la realidad. El padre, sin ningún sentido práctico, importa huevos de aves extrañas de Hamburgo, de Holanda y de algunas estaciones zoológicas africanas, huevos fecundados que hacía empollar a unas enormes gallinas belgas. Por supuesto, la familia se preocupa por la salud mental de este hombre. El padre de Schultz cree, por ejemplo, que los maniqués que utilizan los sastres deben ser respetados como si fueran seres humanos. El único que lo entiende es el hijo Bruno de mirada asustada. Sabe que se trata de un recurso interno de resistencia ante un mundo acosado por la indiferencia y la barbarie.

III. A pesar de que los signos ominosos del nazismo ya están ahí, Bruno no quiere abandonar su pequeño pueblo, el centro de sus mitologías personales, ese lugar en donde se entremezclan el sueño y la realidad, donde el espacio-tiempo se pliega en formas fantásticas y extrañas. Cuando entran las tropas alemanas se ve forzado a vivir en el *ghetto* de Drohobycz. Felix Landau, un oficial de la Gestapo que admiraba sus dibujos, decide protegerlo y le encomienda la realización de retratos y pinturas. Le pide que elabore un mural en una de las paredes de su casa. Poco después de terminar este trabajo, el 19 de noviembre de 1942, Schultz se dirige al *ghetto*. Lleva consigo una pieza de pan. Se oye un disparo. Schultz es asesinado por Karl Günther, un oficial enemigo de su protector. Landau, indignado, cobra venganza. Mata al “judío personal” de Günther que le hacía trabajos como dentista.

Pasan cuarenta y un años. El escritor David Grossman publica su primera novela. Uno de sus lectores le dice que en sus textos flota el mundo de Bruno Schultz. Grossman nunca lo ha leído. Cuando esto ocurre, se sorprende. Grossman también se ha dedicado en su búsqueda literaria a codificar una gramática interna, un lenguaje fresco —como el de la percepción infantil—, que no se doblegue ante el mundo utilitario. Entonces le invade la idea de escribir sobre Schultz. Decide cambiarle el pasado.

IV. En la novela *Véase: amor*, Grossman le permite a su personaje Bruno Schultz un mundo alterno: lo hace escapar de Drohobycz. Lo refugia en el puerto de Dantzig. Es un día lluvioso. Bruno entra a una galería donde se exhibe la obra de Edvard Munch. En la última sala hay un cuadro que tiene una cadena de hierro a su alrededor con una advertencia en polaco y en alemán: “Prohibido acercarse. No tocar”. El cuadro es *El grito*. Schultz se estremece, Grossman tiembla, nosotros también nos conmovemos. La mano del pintor se había resbalado con una perfección milagrosa sobre la tela. Eso no se podía crear con la intención de hacerlo. Ahí estaba un instante, que el artista Schultz ya había intuido, donde “el mundo podría mudar de piel para que le saltaran las escamas como a un maravilloso lagarto”.

Bruno evade la cadena que protege el cuadro y le planta un beso a la obra de Munch. Los guardianes se lanzan sobre

Bruno. Lo golpean. Lo expulsan. No importa. Sabe que se ha salvado. El sombrero de Bruno y una maleta con el manuscrito de *El Mesías* se quedan en el guardarropa de la galería (ésta es la hipótesis del novelista Grossman). Bruno camina por el malecón bajo la lluvia pertinaz. Después de un rato, se quita su abrigo y lo arroja al suelo. Se quita la ropa. Su cuerpo está cansado. Da una patada al montón de despojos que cae al agua, flota por un momento y se hunde. El mar esboza una sonrisa imperceptible, dice Grossman. Bruno se arroja al mar. Nada con largas brazadas. Unos peces se acercan, lo acompañan. Son salmones. Bruno comienza a volverse salmón.

Esta imagen le asombra a Salman Rushdie cuando conversa con Grossman. Rushdie le dice en una entrevista televisiva en el programa de Charlie Rose: “Esto es muy interesante. Recuerdo la famosa historia de Bernard Malamud, *El pájaro judío*. Ahora tú has inventado *El pez judío*”.

Grossman sonríe, habla del viaje de los salmones al agua salada del mar y de su increíble regreso: “De pronto les llega un impulso en el cerebro y regresan millones y millones de peces. Saltan contra las cascadas. Es como un viaje dentro del propio cuerpo”.

Tal parece que las instrucciones para cambiar el pasado se adivinan en los prodigios del mar que muda su piel, en medio de un oleaje infatigable como el deseo e insondable como el tiempo. [1]



Bruno Schultz, Autorretrato